



EL JUEGO DE LA SILLA ELECTRICA

TODO empezó con un anuncio inserto en un periódico de New Haven (Massachusetts).

En el anuncio se prometían cuatro dólares y cincuenta centavos a los voluntarios que se sometiesen a un experimento didáctico de una hora de duración aproximadamente. De este anuncio, aparentemente inocente, ha salido un mecanismo cuyas consecuencias todavía no podemos prever. Es difícil suponer el efecto que tendrá sobre los americanos el descubrimiento de que no son tan diferentes de los alemanes.

El experimento de New Haven ha servido para desacreditar a los historiadores que, en la inmediata posguerra, trataron de explicar las atrocidades nazis mediante el postulado tranquilizador de que los alemanes son «diferentes». Eran muchos los que pensaban como ellos: sí, el exterminio sistemático de los judíos, un horror que precisó de la colaboración activa de millones de personas, del consentimiento del país entero. Pero no hay que asustarse, no. No extraigamos de la historia hitleriana alarmas injustificadas. Ciertas cosas no pueden ocurrir más que en Alemania, porque sólo los alemanes tienen un vicio de carácter semejante. Sólo los alemanes están dispuestos en todo momento a obedecer a la autoridad constituida sin discusiones.

De esta opinión era también Stanley Milgram, psicólogo de la Universidad de Yale, cuando, en 1960, emprendió su serie de tests.

Por aquel entonces no había dado comienzo aún la guerra de Vietnam, con sus masacres y sus crueldades, y los americanos no tenían dudas sobre sus propios instintos. Milgram se proponía simplemente medir, con la mayor exactitud posible, el grado de obediencia de un grupo de americanos medios, para luego repetir el experimento en Alemania y confrontar los resultados obtenidos. Estaba seguro de encontrar diferencias de comportamiento que confirmarían las hipótesis de los historiadores. Pero le bastó el primer experimento. Comprendió que los alemanes, por mucha obediencia que

UN DESCONCERTANTE EXPERIMENTO DE LA UNIVERSIDAD DE YALE: PUESTOS EN LA MISMA SITUACION QUE LOS NAZIS, LOS AMERICANOS SE COMPORTARIAN DEL MISMO MODO.

mostrasen, nunca podrían superar en obediencia a sus compatriotas.

A continuación describiremos el test al que sometió Milgram a los voluntarios reclutados mediante el anuncio del periódico. Se trata de una descripción detallada, porque sólo los detalles pueden ayudarnos a comprender el conflicto con que tuvieron que enfrentarse las cobayas humanas, así como el modo en que lo resolvieron. Escena: la sala de espera de un viejo edificio. En un rótulo fijado sobre la puerta puede leerse: «The Yale Interaction Laboratory». Es importante, porque coloca el experimento en el terreno tranquilizador de la investigación universitaria. En la sala de espera hay dos voluntarios: uno de ellos es un hombre que ha cumplido ya los cincuenta, gordo y de aspecto tranquilo. Los voluntarios son atendidos por Jack Williams, un joven con pelo cortado a cepillo y uniforme gris, que da una impresión de aplomo. Williams les asegura que se les pagarán los cuatro dólares y cincuenta centavos en cualquier caso, ocurra lo que ocurra, y les explica que están allí para verificar los modos de aprendizaje de la mente humana y, especialmente, su modo de reaccionar a lo que en el lenguaje científico se llama «refuerzo negativo». ¿Qué significa? Significa sufrir un castigo cada vez que uno se equivoca, mientras que «refuerzo positivo» significa recibir un premio cuando se acierta. En este caso, el «refuerzo negativo» consistirá en una sacudida eléctrica.

A USTED LE TOCA CASTIGAR

Los dos participantes en el experimento tendrán papeles diversos: uno será el «maestro», que hará preguntas y castigará en caso necesario, y un «alumno». Se extrae de un sombrero la papeleta que decide qué papel corresponderá a cada uno de los dos. Al hombre gordo y tranquilo le toca el de «alumno». Al otro voluntario le corresponde el de «maestro». Williams los lleva entonces a los locales donde va a realizarse el test en cuestión. Manda sentarse al alumno, le quita la chaqueta y le dice que se arremangue un brazo, luego le unta sobre el brazo desnudo una pomada que sirve para garantizar un buen contacto y evitar quemaduras, y con dos esparadrapos le aplica un electrodo. Por último, le ata los brazos al respaldo de la silla mediante una correa: «Es para evitar que se mueva demasiado durante el experimento. ¿Tiene alguna pregunta?».

El alumno, con voz vacilante, le confiesa que en la última visita militar le encontraron el corazón un poco fastidiado: nada grave, pero, ¿no serán peligrosas todas esas sacudidas? «¡Qué va —contesta Williams—, hace un poco de daño,

es todo». Y empieza a dar detalles del test que va a efectuarse.

El maestro debe leer al alumno parejas de palabras: por ejemplo, tiempo-bueno, muchacha-rubia, vestido-veraniego. Acto seguido le interrogará, proponiéndole la primera palabra de cada pareja y otras cuatro entre las que el interrogado debe reconocer la que iba emparejada en la primera lectura. Maestro y alumno no se ven, porque están en habitaciones separadas. El alumno, atado a la silla, tiene delante un panel con cuatro botones para señalar cuál es para él la palabra justa.

El maestro, con el experimentador a su lado, está sentado frente a otro panel provisto de treinta palancas: en la primera hay escrito 15 voltios; en la segunda, 30; en la tercera, 45, y así sucesivamente, hasta 450. En la parte izquierda del panel correspondiente a las primeras palancas hay escrito «sacudida ligera»; en la parte central, «sacudida media»; en la derecha, «peligro, sacudida fuerte». En la parte extrema de la derecha, sobre las palancas correspondientes a los 435 y 450 voltios hay tres x amenazadoras, que pueden significar cualquier cosa.

Para que el maestro sepa lo que hace, se le inflige una sacudida de 45 voltios. Dolorosa. Luego comienza el test. Mientras el alumno no se equivoca, nada sucede: cuando comete el primer error, se le castiga con una sacudida de quince voltios; cuando comete el segundo, con una de 30, y así sucesivamente. Si el maestro muestra perplejidad en determinado momento del test, el responsable del mismo le ordena continuar.

Antes de iniciar su test, Milgram solicitó de catorce de los más autorizados psicólogos de Yale un pronóstico sobre los resultados. Los científicos interrogados previeron que determinado número de maestros se negarían a continuar el experimento después de las primeras sacudidas; que la mayor parte lo interrumpían al llegar a las palancas del centro, y que sólo una pequeñísima fracción (estimada en un tres por ciento por el más pesimista de los interpellados) llegaría hasta el final, infligiendo al desconocido alumno sacudidas de hasta 450 voltios.

UN RESULTADO ATERRADOR

El resultado del experimento piloto, para el que Milgram reclutó solamente a estudiantes de Yale, fue, por el contrario, aterrador. Todos los maestros, sin excepción, accionaron hasta la última palanca.

Milgram se encontró, pues, con que no podía medir el umbral de desobediencia del americano con el experimento en cuestión, ya que los maestros no llegaban nunca a desobedecer. Decidió, entonces,

romper el aislamiento acústico del maestro, reorganizando todo de forma que éste pudiese escuchar las protestas (disimuladas) del alumno, cada vez más desgarradoras a medida que aumentaba la intensidad de las sacudidas. Para que todos los maestros tuviesen que decidir en las mismas condiciones, frente a reacciones iguales para todos, se registró, en cinta magnetofónica, una especie de muestrario de protestas, que luego se transmitía en cada test.

Después de lo cual se verificaron situaciones como la que sigue, registrada mediante magnetofón por Milgram:

Alumno.—¡Basta, basta! No puedo más.

Maestro.—Yo también quiero acabar. ¿No oye cómo grita? No quiero matarlo.

Experimentador.—El experimento exige que se continúe. Siga usted.

Maestro.—Pero hemos llegado a los ciento noventa y cinco voltios y quedan todavía un montón de parejas de palabras por verificar. ¿Hasta dónde vamos a llegar?

Experimentador.—Es indispensable verificarlas todas. Le he dicho que continúe.

Maestro.—Pero, ¿y si le sucede algo? ¿Quién se hace responsable?

Experimentador.—La responsabilidad es mía. Siga, por favor.

Maestro.—Día: sereno, nublado, lluvioso, frío.

En el panel de las respuestas se enciende el número tres.

Maestro.—Lluvioso. Equivocado, (Acciona la palanca de 195 voltios.)

Alumno.—¡Ay!, ¡quiero salir! Mi corazón... no tenéis ningún derecho a encerrarme aquí. ¡Quiero irme!

Maestro.—¿No oye cómo grita? ¿Qué debo hacer?

Experimentador.—Continúe, por favor.

El experimento continúa, con respuestas a veces correctas, a veces equivocadas, hasta los 270 voltios. Se acaban, de repente, las parejas de palabras. El maestro trata de levantarse de la silla, pero el experimentador le pide con un gesto que se siente otra vez. «Volvamos —le dice— a la página cinco y repitamos las veinte últimas parejas». El maestro protesta, dice que no quiere matar al infeliz alumno, infligiéndole sacudidas superiores. Pero el experimentador es implacable, y el maestro cede una vez más. Otro error: 285 voltios. En este momento, el alumno, gritando con un loco, asegura que no contestará ya más preguntas.

Maestro.—¿Ha oído usted? ¡Déjemoslo ya!

Experimentador.—Nada de eso. Continúe.

Maestro.—Yerba: verde, seca, alta, mojada.

No hay respuesta.

Maestro.—¿Ha visto? Es inútil continuar.

Experimentador.—Si no contesta antes de cinco segundos es igual que si fallase. ¡Accione la palanca!

Maestro.—No puede ser...

Experimentador.—Le digo que la accione.

VERDUGO Y VICTIMA: UN CLIMA MACABRO

El experimento está cobrando ya un clima macabro. Tres preguntas más quedan sin respuesta, pero el maestro sigue accionando palancas: ya va por la de 330 voltios. La cuarta vez, el maestro oye un gemido, lo cual le reconforta: todavía no ha sucedido lo irreparable. A los 375 voltios se levanta de un salto y pretende que el experimentador vaya a ver al alumno. El experimentador le contesta que el experimento, una vez iniciado, no puede interrumpirse. Y el maestro vuelve a sentarse. A partir de este momento disminuye su capacidad de protesta.

Y, a instancias del experimentador, llega a accionar hasta tres veces la última palanca, la de 450 voltios. El test podría continuar «ad infinitum», pero Milgram entra en la habitación y le dice al maestro que puede irse. Entra también el alumno, que estaba al corriente de todo, y que, en realidad, no ha recibido ni una sola sacudida. El verdugo y la presunta víctima se dan un apretón de manos y hasta media entre ellos algún que otro chiste.

En el experimento, llevado a cabo entre estudiantes, la totalidad de los maestros, como ya hemos dicho, llegaron hasta el final. En la segunda edición, efectuada con sonorización, de un grupo de varones norteamericanos medios, comprendidos entre los veinticinco y los cincuenta años, un 85 por 100 llegaron hasta el final. Alarmado por el alto porcentaje de norteamericanos que por sólo cuatro dólares y medio eran capaces de llegar a tales extremos, Milgram decidió volver a efectuar el experimento en otro lugar que no gozase de tanto prestigio como la Universidad de Yale. Lo repitió en la vecina localidad de Bridgeport, en un edificio anónimo, en el que colocó el insignificante letrero de «Asociación de investigadores de Bridgeport». Sólo que esta vez introdujo alguna que otra novedad, como la de obligar al maestro, en determinado momento del test, a agarrar el brazo del alumno torturado para ponerlo en contacto por la fuerza con la plancha eléctrica. Esta vez, la obediencia fue menor: sólo el 48 por 100 de los voluntarios llegó a accionar la última palanca. Milgram no quiso hacer ningún experimento más. Le bastaba para saber que uno de cada dos americanos puede ser, si recibe órdenes, un asesino en potencia. ■ FABRIZIO DENTICE.